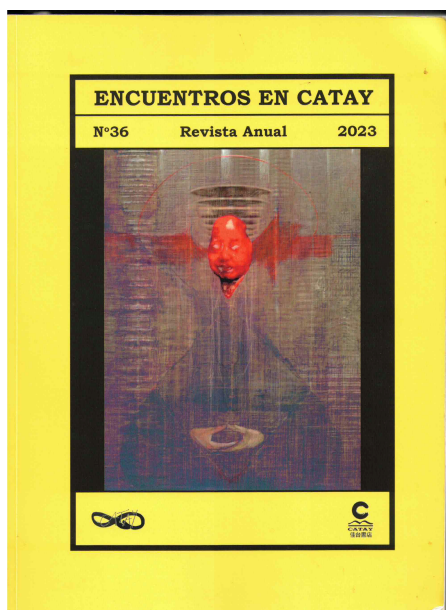




**ANGÉLICA LIDDELL, «SÓLO TE FALTA MORIR
EN LA PLAZA»**

Evaristo Bellotti
Escultor

Domingo Ortega quiere que la tauromaquia se trate como la más joven de las artes. Pero Angélica Liddell escribe de Juan Belmonte como si Belmonte hubiera rescatado este arte de lo más lejano o primero de la Historia humana. Lo hace para plantarse en escena contra la actualidad, una actualidad en la que, no obstante, entra de lleno y sin concesiones. Si estos días no hubiera re-leído Sólo te falta morir en la plaza, llevado por la admiración podría haber escrito:

«Liddell desconecta de la actualidad para indagar en todo lo que tiene de inactual lo humano y denunciar la humanidad como una calamidad para ella misma y todo lo que toca». Pero esto solo sería una interpretación despistada de su posición. Despistada porque supondría creer que ella piensa que se puede saber humano. Cuando de lo que ella habla es de un no saber, justo lo que permite que Isolda la interpele cara a cara — de frente—, Isolda que es un personaje de ficción, a Liddell, la mujer de carne y hueso: «Yo soy Isolda, pero tú, quién eres tú para exponerte en la mesa de autopsias, una y otra vez» ... Y la interpela así para invertir los términos en un hecho escénico que el lector interpreta cuando lee lo que pasa entre las dos. Así, lo que Liddell está haciendo es invertir los términos de la llamada realidad, de manera que la irrealidad de Isolda deviene verdad y la realidad de Angélica resulta mentirosa, mentirosa hasta decir basta. Se trata de la Angélica que cumple con sus obligaciones cívicas, la que es real. Realidad (en la que puede reconocerse su entorno de trabajo) de la que dice: «Son una puta sociedad de imbéciles con derechos. Y engordan sus derechos como quien engorda a un cerdo. A su vez ellos engordan de tanto engullir derechos. No quieren artistas. Quieren a figurantes. Son una puta sociedad de figurantes con derechos».

Se entiende entonces que el «Liebestod» (la muerte de amor) viene a encarnar la exigencia máxima (la exigencia vital) que Angélica ve cumplida en el aria que canta Isolda, en lo que es una acción, no una representación, y en la propia Isolda como mujer existente que muere de amor. Lo que ve incumplido en la falsedad de toda representación, la falsedad en la que la misma Angélica paga sus impuestos cívicamente. Angélica, en efecto, desprecia e insulta a su misma, la que da categoría de realidad a su vida cívica. Por esto condena todos los sitios donde la realidad se cumple. Como si en los escenarios de los teatros tuviera que cumplirse una realidad. O como si lo que sucede en el ruedo fuera una realidad tan incontestable como la idea que expresa «un humano pensante tortura a un animal sintiente».

¿Y cómo no iba a conectar con la tauromaquia y con Juan Bel-monte, que tuvo que convivir durante tanto tiempo con la verdad existente de Joselito muerto? Muerto, una verdad tan radical, tan última que no dejaba en la ecuación (la de la comparación) sitio para un segundo término que no fuera «vivo». Término del que tendría que tirar de por vida porque todo el tiempo que le quedó por vivir lo pasaría atrapado en una realidad de la que José se había deshecho trágicamente.

A la vida como una biografía, Liddell opone la vida como un des-tino, el destino entendido como una tragedia. Una vida que de no ser trágica no merece ni el nombre de «vida». Se trata de ese lado oficial de la vida de Liddell que Angélica insulta literalmente. Y es que Angelica Liddell no reconoce los poderes de la representación en las cosas que le importan. Por eso hace unos años, en unos momentos de cierta rebeldía y alguna lucidez, se llegó a decir: «No nos representan». Y lo ve cumplido cuando reconoce en Juan Belmonte el artista que no re-presenta, presenta lo que pasa entre el humano y el toro. El modo de hacer al que ningún arte debería renunciar. O mejor: la posición a la que toda forma de arte debería aspirar.

A esto apunta la genial intuición de Domingo Ortega. Pero también apunta al proceso de dominación de todo lo existente. «Dominación» significa reducir todo a su mismidad representable, a lo que en la Sociedad de la Información se ha terminado llamando, no en vano, «perfil». Pero sabemos que de perfil se mira para otro lado, y que darlo es una forma de mentir por omisión. De modo que lo que nos viene a decir Angélica Liddell en este formidable librito, es que hay que ponerse de frente.